

En el curso del presente siglo se ha desarrollado en Chile una escuela o tendencia política que se ha autodenominado “Nacionalista”, y por este nombre ha sido conocida por sus partidarios como sus adversarios. Como cualquiera otra tendencia, el nacionalismo ha atravesado por diversas fases, a veces críticas, a veces auspiciosas. Quizás si su pretensión de originalidad, como expresión estrictamente nacional, que no reconocería dependencias instrumentales o ideológicas foráneas, le ha restado claridad doctrinaria y fundamentación ideológica y filosófica. No obstante lo anterior, el nacionalismo en Chile ha sido fuertemente afectado por las vicisitudes de la política mundial, y no ha sido ajeno al auge y a la derrota del nacionalismo moderno, tanto en su versión europea y totalitaria de entreguerras como a las formas tercermundistas propias del proceso de descolonización post-guerra. El auge de los hiperimperialismos mundiales pareciera haber arrinconado a los nacionalismos de todo tipo... Pareciera solamente, pues por doquier vemos la rebeldía de los pueblos, de las etnias, de las naciones contra el rodillo avasallador que intenta matar toda diversidad de culturas y razas. Pues si bien es cierto que las sociedades nacionales, que la nación-estado, son producto de la revolución burguesa y sus “inmorales principios”, del concepto rousseauiano del “contrato social”, y por tanto resultado del proceso de disolución y sustitución de los vestigios del orden tradicional que la precedió, no es menos cierto, histórica y sociológicamente hablando, como afirma Thierry Maulnier en su obra “Más allá del nacionalismo” (Ed. Nuevo Orden, Buenos Aires, 1963) que “la política se hace con fuerzas vivas, no con fuerzas desvanecidas; no con reconstituciones arqueológicas y con fidelidades abstractas”... “Existen las naciones y la conciencia nacional. (...) Ninguna preferencia ideológica, ninguna fidelidad al pasado, ninguna operación abstracta del espíritu cambiará nada de esta evidencia de hecho: la nación histórica es en 1937 la única forma orgánica de existencia de la comunidad humana en Occidente. (). Rechazar la historia equivale a correr el riesgo de verse rechazado por ella”.

Pero no es el nacionalismo en abstracto, o del nacionalismo como fenómeno universal que aquí queremos hablar. Es el nacionalismo chileno en su realidad histórica, en su peculiar fisonomía, en sus bondades y en sus miserias, de lo que aquí nos ocuparemos.

### I. Interrogantes

Al intentar hacer un esbozo histórico del nacionalismo, el primer obstáculo que debemos encarar es el de decidir si todas las manifestaciones que han asumido la denominación “Nacionalista” han de ser consideradas como partes de un todo o si, por el contrario, constituyen sólo manifestaciones aisladas, coincidentes sólo en el nombre, que no lograrían conformar una escuela política coherente. Al buscar el hilo que amarraría entre sí estas expresiones debemos estar atentos al momento histórico en el que cada una de ellas surgió, a la realidad cultural, social y económica en cada momento, así como al influjo permanente que los sucesos mundiales han ejercido sobre el acontecer político en Chile:

“Obviamente habrá grandes diferencias entre una posición política de principios de siglo y otra de mediados del mismo; pero también encontramos concordancias,

---

<sup>1</sup> Arquitecto (1981, Universidad de Chile-Valparaíso) y Magister en Filosofía (2012, Universidad de Valparaíso). Otros datos disponibles en ficha de autor: <https://www.mrns.cl/w3/index.php/biblio/60-biblioteca/ref/214-javasquezm>

constantes, principios comunes, de modo que se puede hablar de una sola corriente ideológica. Y esta corriente ha poseído una identidad propia que no se confunde con otras familias de pensamiento”<sup>2</sup>.

Una segunda pregunta que nos asalta es si acaso el nacionalismo constituye, o ha constituido en Chile una doctrina política, dotada de un cuerpo ideológico coherente, o bien sólo ha sido un concepto simbólico, que ha apelado a la imaginería patriótica, a ciertos mitos nacionales, a ciertos reflejos sociales, para desarrollar o intentar desarrollar una acción política, o sólo ha constituido, en última instancia, y como ha sido descrito por sus adversarios marxistas, la última reacción del capitalismo en descomposición.

Del análisis de sus postulados y de su acción política a lo largo de un siglo podremos obtener la respuesta a esta interrogante. Una última pregunta, tal vez a la más importante y que guía la inquietud de este artículo, es aquella que quiere determinar si el nacionalismo es, en la actualidad, una tendencia política que, obviando su fracaso o éxito político, ha logrado caminar al mismo ritmo que la historia y la evolución política nacional, si ha logrado una cierta coherencia en su cuerpo doctrinal y si en las actuales circunstancias su discurso político-ideológico tiene alguna posibilidad de transformarse en alternativa cierta de poder (a la luz de la candidatura presidencial que levanta Pablo Rodríguez Grez y que busca explícitamente ser reconocida como alternativa “nacional y popular”) o bien si ha terminado por ser reabsorbido por el sistema, y si, en tal caso, podrá lograr la supervivencia de los valores que, intuitiva o explícitamente, quiso representar, a través de nuevas formas políticas que asuman parcialmente su legado.

## II. Orígenes, Mitos y Mitemas

Si bien no pretendemos dar en el espacio de esta revista una visión histórica muy completa, para lograr entender la evolución de esta escuela política es necesario conocer, aunque sea superficialmente, a sus diversos exponentes, individuos o agrupaciones, así como las circunstancias históricas en las que unos y otras se han desenvuelto.

Debemos buscar los primeros antecedentes del nacionalismo chileno ya en el siglo XIX, cuando la construcción del Estado portaliano da forma a la nacionalidad chilena, a la conciencia de esta nacionalidad, a la conciencia de su diversidad irrevocable como comunidad histórica, cultural y étnica. Por otra parte, en la mitología del nacionalismo chileno ocupan un lugar preferencial las alusiones a este periodo de nuestra historia, con sus mitemas de la “autoridad impersonal”, “el orden”, etc. Desde el nacional socialismo de González von Marées hasta el retórico nacionalismo pinochetista, pasado por Jorge Prat y el ibañismo, ha sido siempre Portales y su era el equivalente del Paraíso perdido, del rey ausente y aún esperado, aquel que con su retorno traerá consigo la perdida unidad nacional que nos hará grandes (unidad nacional perdida por diversas causas, según el análisis nacionalista: prédica marxista de la lucha de clases, enfrentamiento ideológico partidista, pérdida de la conciencia de la raza, etc.)

De este modo, cuando a principios de este siglo, al interior de la llamada “Generación del Centenario”, y desde diversos frentes, se comienza a hablar de nacionalismo, aún cuando este nacionalismo esté muy influido por las tendencias políticas predominantes en Europa, o por el darwinismo social, será siempre la crítica al parlamentarismo, y por ende la defensa del presidencialismo de raíz portaliana el eje del discurso político. La reivindicación y mitologización de la

---

<sup>2</sup> Erwin Robertson R. “**Ideas nacionalistas chilenas. Desarrollo de una escuela política. 1910-1966**”. Tesis de Licenciatura, Facultad de Derecho, Universidad de Chile, Santiago, 1978, inédito.



figura de Balmaceda, “el presidente mártir”, último representante del periodo portaliano, forma parte de este discurso. Un cierto tono antioligárquico condimenta el “ensemble”. El tema de la raza y la defensa del pueblo encontrarán a su máximo exponente en Nicolás Palacios y su libro “Raza Chilena”: “Palacios, hemos dicho, fue el más importante entre quienes sembraron en Chile el nacionalismo «Incumbe a las naciones (escribió) perfeccionar su individualidad, consolidar su independencia política y adquirir su emancipación económica. El egoísmo es tan necesario a las naciones como el instinto de conservación a los seres». Otras muchas ideas -buenas o malas- se incorporarían en el acervo de los nacionalistas chilenos, venidas de Nicolás Palacios: el proteccionismo; la industria -pesada, pesca, navegación-, único futuro verdadero para Chile; el amor por la guerra y el ejército; la veneración por la patria y su historia; el rechazo a las ideas socialistas y anarquistas; la chilenización económica; la xenofobia, y aún cierto antisemitismo; admirar la fuerza y el carácter varonil (“patriarcal”)... todo este complejo y contradictorio cúmulo de concepciones políticas, económicas y sociales, prejuicios y sentimientos, que caracterizará al nacionalismo criollo, lo encontramos en Palacios, desarrollado o embrionario”<sup>3</sup>.

Posteriormente, y a través de diversas circunstancias locales e internacionales, veremos el desarrollo del nacionalismo chileno, acentuando una u otra de sus características, sin abandonar el conjunto ideológico ya descrito por Vial. En los años 20, será la oficialidad joven del ejército la que acabará con el parlamentarismo y dará inicio a un periodo de importantes reformas institucionales y sociales, bajo una nítida y explícita impronta nacionalista. La figura de Carlos Ibáñez del Campo personifica al “hombre fuerte”, que pone “orden en la casa”, que restablece la autoridad presidencial. No deja de ser importante la influencia que pueden ejercer sobre la vida política nacional el ejemplo de un Primo de Rivera en España o un Mussolini, en Italia. Por otra parte, la intervención militar en 1924 no puede parangonarse a los tradicionales caudillajes de América hispana, tradicionalmente reflejo de posiciones reaccionarias o ambiciones personales. Esta, por el contrario, significa el comienzo de un periodo de profundas reformas sociales y políticas, industrialización y modificaciones definitivas en la estructura productiva y socioeconómica nacional.

### III. El Socialismo Nacional.

Luego de la caída de Ibáñez, consecuencial a la profunda crisis económica mundial de 1929-30, las ideas nacionalistas, con un marcado acento socialista, seguirán circulando en el ambiente ideológico nacional.

La existencia de tendencias de diverso y a veces opuesto signo es detectable en este periodo. Por una parte, los partidarios de un socialismo de tipo nacional y americanista tienen su momento de gloria con Marmaduke Grove y la llamada “República Socialista”, de Carlos Dávila, en cuyo origen se encuentra la N.A.P. (Nueva Acción Pública), germen del futuro Partido Socialista. De esta cuna saldrá uno de los más importantes dirigentes del nacionalismo criollo, Guillermo Izquierdo Araya. En similar tendencia podemos encasillar al M.N.S. (Movimiento Nacional Socialista), fundado el 9 de abril de 1932 por Jorge González von Marées, la coincidencia de denominación con el nacional socialismo alemán, amén del uso de uniformes (no exclusivos del nazismo), han llevado a equívocos respecto de este movimiento, el que corresponde más bien a una de las muchas formas de socialismo nacional emergentes en ese entonces en América (APRA peruano, Movimiento Nacionalista Revolucionario boliviano, etc.) La posterior trayectoria de este movimiento, los sucesos del 5 de septiembre de 1938, su participación en el

---

<sup>3</sup> Gonzalo Vial Correa. **Historia de Chile**, capítulo decimoquinto. Ed. Portada. Santiago de Chile, 1981.



Frente Popular, su transformación en Vanguardia Popular Socialista, no hacen más que confirmar lo anterior.

En lo que podríamos llamar el “ala derecha”, podemos mencionar las influencias corporativas al interior del Partido Conservador, del que terminará desprendiéndose Falange Nacional, con una clara influencia inicial del pensamiento corporativo católico, así como de la Falange Española. El ejemplo del Fascismo italiano no deja de entusiasmar a algunos sectores de la derecha chilena. No obstante, cabe consignar que el nacionalismo en este periodo se ubica mayoritariamente a la izquierda del espectro político nacional, aún cuando con una clara vocación antimarxista, sólo superada por su decidida postura antioligárquica.

#### **IV. Madurez y catacumbas**

El inicio de la segunda guerra mundial, su desarrollo y desenlace, serán decisivos en el destino y orientación futuros del nacionalismo criollo. Si hasta entonces sólo ha constituido una multifacética expresión loca, casi folklórica, a partir de la guerra tomará conciencia de sí misma y de su pertenencia a una corriente universal en ese entonces en auge, representada por el Fascismo y los movimientos nacionales y revolucionarios que surgen y se expanden por Europa. A este auge, como sabemos, seguirá la guerra y la derrota. El nacionalismo, que además de la Vanguardia Popular Socialista está representado por el Movimiento Nacionalista de Chile, liderado por Guillermo Izquierdo Araya, verá atada su suerte a los vencidos. Chile, de mal grado, ha atado su carro al de las potencias aliadas. Las listas negras y la proscripción práctica de las ideas nacionalistas condenarán a éstas a las catacumbas. De esta época provienen ciertas pulsiones conspirativas e iniciáticas que se prolongarán por décadas. Los grandes temas del nacionalismo chileno entran en su fase de asentamiento: antiliberalismo, antimarxismo, concepción orgánica de la sociedad (comunidad nacional) y del Estado, corporativismo, autoritarismo. La influencia hispánica, a través del historiador Jaime Eyzaguirre y del llamado “grupo estanquero” (¡Portales siempre presente!) liderado por Jorge Prat Echaurren, introducirá una cierta veta confesional en el entramado ideológico.

Un ejemplo extremo de aquello está representado por el MRNS, Movimiento Revolucionario Nacional Sindicalista, cuyo sólo nombre evoca la influencia falangista española.

En el otro extremo podemos hablar de un nacionalismo “reinserto” en el sistema, intentando desarrollar una acción parlamentaria que busca “mejorar” al sistema, moralizarlo, dotarlo de autoridad. En este sector encontramos al Partido Agrario Laborista. Lentamente el nacionalismo se va derechizando. La guerra fría que liberan los imperialismos ha dividido al mundo en dos campos, y por el momento no hay espacio para un tercero. La disyuntiva planteada es: democracia o comunismo, y tal disyuntiva es aplicada automáticamente a todo conflicto, local o internacional. En este aparente conflicto, el nacionalismo va haciendo coincidir paulatinamente sus ideales con aquellos de la democracia liberal, ayer repudiada y hoy sólo criticada, por su debilidad frente al avance de la subversión marxista. Poco a poco, el nacionalismo pierde su sensibilidad anticapitalista, antiimperialista y antioligárquica. Sus planteamientos están en una etapa minimalista. Ya no es el Estado corporativo, la democracia orgánica o funcional lo que se busca, si no sólo un tímido anhelo de moralizar la cosa pública, de afirmar la autoridad personal.

#### **V. Democratización y Derechización**

Estamos en los 50, y en breve lapso transcurrido desde el término de la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo ha aprendido bien su lección democrática. En este contexto, no es extraño que el triunfo del General Ibáñez en las elecciones



presidenciales de 1952, apoyado por el Agrario Laborismo, en el que se encuentran incluidos los nacionalistas, con Izquierdo Araya a la cabeza, y los estanqueros de Prat, no traiga consigo la mítica y siempre pendiente Revolución Nacional, en otros tiempos reclamada, si no sólo una administración desfalleciente y falta de voluntad política.

En fin, los años 60 verán la disolución y absorción del nacionalismo en la derecha, cuando Acción Nacional, de Jorge Prat, se fusiona con los restos de los Partidos Conservador y Liberal, para formar el Partido Nacional, que se transformará en el único exponente de la derecha política y económica por casi 20 años y en el que predominan sin contrapeso los elementos derechistas. Lejos, muy lejos, están los tiempos del socialismo nacional, de la lucha antioligárquica y antiimperialista. Ahora, son los valores del Occidente democrático y Capitalista, la libre empresa y la lucha contra la subversión castrocomunista lo importante.

Con la llegada de los 70, el nacionalismo al interior de la derecha hará nacer un ultraderechismo dispuesto a recurrir a la violencia para defender “el orden”, “la propiedad privada”, “la libre empresa” y toda la mitología burguesa.

¿Es posible hablar aún de nacionalismo en Chile? Aparentemente no, al menos si tomamos en consideración para responder la pregunta, el conjunto de proposiciones nacionalistas planteadas desde 1915 en adelante. Nada queda de aquello. O casi nada, pues por espacio de 20 años, en la marginación y el silencio, el MRNS ha mantenido y afirmado la esperanza revolucionaria, aún cuando matizada de un curioso arcaísmo formal y de un confesionalismo tradicionalista.

El MRNS ha vencido la tentación derechizante y democrática, a costa de su crecimiento y su destino. Su supervivencia será vital, pero poco reconocida, en el surgimiento posterior de sectores “renovados”.

## **VI. La Tentación Ultraderechista y Autoritaria**

Con el triunfo de la Unidad Popular, el nacionalismo ultraderechista verá su apogeo. Frente a la crisis a la que se enfrenta la democracia liberal, el nacionalismo representará la vanguardia y el brazo armado de un sistema antaño repudiado. Carente de un andamiaje ideológico sólido y coherente sobre el cual basar su acción política, ésta toma el carácter de una reacción. Aún le quedan al nacionalismo pasos por dar en este camino de disolución. Triunfante el alzamiento militar de Septiembre de 1973, proceden los dirigentes de las varias facciones que se llaman a sí mismas “nacionalistas”, bien a disolver sus organizaciones, bien a ponerlas a “disposición de las autoridades militares”. El objetivo se ha cumplido: el marxismo está militarmente derrotado, la democracia “será restaurada”, lo expropiado volverá a sus antiguos propietarios. Los políticos están en “receso”. No será sino hasta un decenio después, que las inquietudes del nacionalismo comenzarán a oírse, cuando ya el neoliberalismo, verdadero triunfador de la jornada del 11 de septiembre, haya constituido su esquema económico monetarista, que guiará en adelante el rumbo del gobierno militar. El tema de la “revolución pendiente” se transformará en un mito vivificador para las desilusionadas huestes nacionalistas. Es el proceso que “aún no ha llegado”, pero que habrá de comenzar en un plazo breve, luego de algún golpe de timón rectificador. Todo ello servirá para mantener en pie y para reforzar las contradictorias fidelidades que tensionaban al nacionalismo. Así, en medio del auge del neoliberalismo, de la economía de mercado en su expresión más extrema, del aumento de la brecha entre ricos y pobres, de la dependencia de las transnacionales, el nacionalismo levantará a máximo vapor las calderas y se volcará a apoyar incondicionalmente al régimen en su última batalla: el plebiscito del 5 de octubre de 1988. Derrotado en ella, se abría para esta tendencia política un abanico de caminos a seguir. Todo indica que ha escogido aquel del “legitimismo”, del



asumir históricamente el legado del régimen militar y con ello, siguiendo la experiencia franquista, ha iniciado el largo pero seguro camino de la desilusión, la decadencia, el nostalgismo y el olvido.

## VII. ¿Y después del Nacionalismo, qué?

En las líneas anteriores nos hemos referido al nacionalismo como un bloque, en especial en las dos últimas décadas. Sin embargo, ya a principios de la década del 70 algunos segmentos de origen nacionalista comenzaban a dar los primeros pasos en la ruta de una redefinición ideológica que los llevaría “más allá del nacionalismo”. Pero este transcurso se dará, no en una línea de “entrismo”, o re inserción en el sistema, si no en la dirección opuesta. Siguiendo las enseñanzas que, desde Italia, ha estado entregando el filósofo Julius Evola y su “revuelta contra el mundo moderno”, tradición y revolución dejan de ser considerados como conceptos opuestos. El nacionalismo revolucionario, como se denominará inicialmente la tendencia emergente, intenta una renovación del discurso político, por la vía del rechazo del derechismo reaccionario, de una reafirmación del anticapitalismo y de un apartamiento real del mundo y de la cultura burguesa, definiendo un camino “de alternativa”. Esta tendencia toma el carácter de una revuelta generacional que rechaza el pasado reciente, para reasumir renovadamente el legado originario. Al mismo tiempo se abre al mundo para reconocer afinidades con tendencias similares en otros puntos del globo. En este sentido, el proceso que da origen a la tendencia “nacional revolucionaria” en Chile, a partir del nacionalismo clásico, es comparable a aquel que en Europa, especialmente en Francia, Italia y España, a partir de las derechas radicales neofascistas, pasando por el “alternativismo” radical, da origen al rico y complejo fenómeno cultural y político llamado “la Nueva Derecha”, nombre equívoco con el cual lo han bautizado los medios de comunicación, y que se plantea como proyecto de influencia metapolítico sobre la mentalidad colectiva, buscando nuevas síntesis ideológicas dejando atrás el nostalgismo, la propensión a la violencia y al autoritarismo.

La tendencia nacional revolucionaria está recorriendo un camino que, posiblemente, generará incomprendimientos en su ámbito de origen. Por otra parte, aún no se encuentra suficientemente destacada su alternativa sobre el fondo del viejo nacionalismo. Su actual transcurso metapolítico la puede llevar a un distanciamiento aislacionista respecto de la contingencia. Pero, aparentemente, ha atravesado el río. Nadie puede predecir el futuro de esta tendencia, ni si sus exponentes estarán a la altura de las inquietudes y objetivos planteados. Con todo, no cabe duda que esta iniciativa de renovación integral y de superación del discurso ideológico de una tendencia política nacional debe ser considerada como uno de los proyectos más originales y al mismo tiempo más ambiciosos que se hayan concebido en el desolador panorama ideológico nacional de los últimos treinta años. Desde nuestra perspectiva independiente, pero no indiferente, observamos con simpatía (a la que no obsta objetividad de nuestro punto de vista) a esta juventud que, como nosotros, busca **lo otro**.

Originalmente publicado en:

Vásquez, J. A. (1989) ¿Y después del nacionalismo, qué? *Ciudad de los Césares*, 6, pp. 16-19

=====

Esta transcripción electrónica **no tiene objeto comercial**, y está destinada únicamente a la difusión de la obra con fines de crítica, ilustración, enseñanza e investigación, expresándose su fuente, título y autor, conforme estatuye la Ley nro. 17.336, sobre propiedad intelectual.